

Harm G. SCHRÖTER

Americanization of the European Economy. A compact survey of American economic influence in Europe since 1880s

Dordrecht, Springer, 2005, 268 pp.

Una de las principales características de la evolución de la economía mundial durante los últimos 125 años ha sido el creciente predominio de la economía norteamericana, en términos cuantitativos y cualitativos. El profesor Harm G. Schröter presenta en este libro una magnífica síntesis, descriptiva e interpretativa, del proceso de americanización de las economías europeas desde finales del siglo XIX hasta la actualidad. Define el concepto de americanización como la adopción y adaptación progresiva por los países de Europa occidental de un conjunto de valores y prácticas nacidos o desarrollados en Estados Unidos, entre ellos, la atribución a la economía de un papel fuerte y positivo en la sociedad y en el quehacer cotidiano, su autonomía respecto de la política, la defensa de la competencia y el libre mercado, y la subordinación de la tradición y la herencia a los méritos individuales.

La americanización fue (es) un fenómeno complejo, que adquirió características particulares según el país o el sector de recepción, y alternó fases de intensa transferencia con otras de escaso o nulo intercambio. Siguiendo una idea del sociológico alemán Ralf Dahrendorf, Schröter reivindica el origen europeo de algunos de los valores y prácticas comúnmente definidos como americanos, señalando que fueron concebidos en Europa, desarrollados posteriormente en Estados Unidos y después reexportados a Europa. La razón de esta secuencia de influencias radica, simplemente, en la superioridad de la economía norteamericana sobre las europeas. El autor indica, además, que los europeos comprendieron pronto que lo que era bueno para Estados Unidos no era necesariamente bueno para Europa. Por ello, no se limitaron a adoptar, sin más, las pautas llegadas de Estados Unidos, sino que las seleccionaron y adaptaron en función de sus propias tradiciones y necesidades, llegando a conformar un sistema autóctono, híbrido entre lo americano y lo europeo, que a su vez reexportaron a terceros países. ¿Cuándo se produjo la americanización? ¿A través de qué canales llegó a Europa el modelo americano? ¿Hubo una voluntad deliberada por parte de Estados Unidos de extender a Europa sus valores y códigos de conducta? ¿Cuál fue la reacción de los países y sectores receptores? ¿Y el balance final del proceso de americanización? Tales son las cuestiones que el profesor Schröter plantea y, en buena medida, resuelve en este trabajo.

El libro distingue tres oleadas de americanización, que transcurren, *grosso modo*, de 1880 a 1929, de 1950 a 1973, y de 1980 a la actualidad. El peso y alcance de las influencias americanas difirieron sensiblemente de un intervalo a otro, siendo menos importantes en el primero que en el segundo y el tercero. La primera oleada se gestó lentamente en los últimos años del siglo XIX, en paralelo al trasvase del liderazgo

económico mundial de Gran Bretaña a Estados Unidos. Alcanzó su momento álgido entre 1919 y 1929, gracias a la difusión del movimiento de racionalización (principios tayloristas y fordistas), y gracias a la industria del cine (entendida como negocio y entretenimiento de masas, y dirigida, por lo tanto, a un mercado amplio). El predicamento norteamericano sufrió un serio revés en el contexto de la gran depresión de los años treinta y el ascenso de los fascismos en Europa. El repliegue proteccionista de las economías mundiales, llevado al extremo por los regímenes fascistas, ralentizó la corriente de influencias de Estados Unidos a Europa. Pero no la interrumpió, como prueba la implantación de técnicas de producción *made in USA* en numerosas empresas europeas, por ejemplo, las automovilísticas Renault y Volkswagen.

La segunda oleada de americanización coincidió con la época dorada del capitalismo, es decir el período comprendido entre el final de la II Guerra mundial y la primera crisis del petróleo. Estados Unidos salió del conflicto mundial sensiblemente reforzado en materia económica, tecnológica, política, diplomática, militar y cultural, y se implicó, como nunca antes, en los asuntos internacionales. Llevó el peso de la reconstrucción europea (Plan Marshall, 1948), reorganizó el sistema monetario y de pagos internacional (Bretton Woods, 1944), y sentó las bases del complejo de defensa occidental (Mutual Security Program, 1951). En contrapartida, exigió la adhesión de los países beneficiarios a los principios de la competencia y el libre mercado. Contribuyeron a la expansión del modelo americano otros instrumentos como las filiales europeas de multinacionales americanas, que importaron maquinaria, capitales, tecnologías y modelos de organización y gestión empresarial; las misiones de productividad enviadas al otro lado del Atlántico para estudiar los avances americanos en materia de productividad; y las *business schools*, consultoras y agencias de publicidad fundadas en Europa a imagen y semejanza de las de Estados Unidos. Como resultado, la producción, la distribución y el consumo de masas se generalizaron por el viejo continente, y el modelo americano llegó a los productores, consumidores y dirigentes de la política y la economía europeas. La cadena de montaje del automóvil se convirtió en el símbolo por excelencia de la producción de masas, tal y como había ocurrido en Estados Unidos durante el período de entreguerras. Al sector de la distribución llegaron innovaciones como el *self-service* y los supermercados, que transformaron los hábitos alimenticios, las prácticas sociales y hasta la fisonomía de las ciudades europeas. La producción y consumo de masas hipertrofiaron el gasto y la emisión de publicidad, que se infiltró en prácticamente todos los ámbitos de la vida del individuo. A ello habría que sumar otros canales de americanización, más informales, como los periódicos, la radio y la televisión, los viajes de estudios y de negocios, y las relaciones personales. La Coca-Cola, los *jeans*, los comics, los *fast foods*, las estrellas de Hollywood y otros iconos americanos invadieron los hogares europeos. En esta segunda oleada, confluyeron la oferta americana y la demanda europea de americanización, por lo que los resultados fueron más sólidos que los de épo-

cas anteriores. De hecho, si los efectos de la americanización fueron mucho más amplios y duraderos que los de la soviétización (o exportación del modelo comunista) fue porque la primera se realizó con la aquiescencia de los países receptores. Estados Unidos se convirtió en la sociedad de referencia, el paradigma de la modernidad, el país por dónde pasaban las claves de la prosperidad y la democracia de Europa occidental.

Durante los años cincuenta y sesenta, las economías europeas alcanzaron las mayores tasas de crecimiento de su historia, con lo que estrecharon (que no eliminaron) la distancia que las separaba de la economía norteamericana. Las transformaciones económicas, unidas a la expansión del Estado del Bienestar, se tradujeron en una mejora general de las condiciones de vida de la población. Pero esta situación se modificó en la década siguiente. El *shock* petrolífero de 1973, así como las dificultades políticas y económicas derivadas de la Guerra de Vietnam, pusieron en entredicho la hegemonía mundial de Estados Unidos. La ralentización del crecimiento económico occidental (paro, déficit, inflación...) fue pareja a la disminución del predilecto norteamericano. La mirada europea se volvió hacia Japón, cuyas industrias, sobre todo las automovilísticas y electrónicas, arrojaban entonces, gracias al sistema de producción *just in time*, altas tasas de productividad.

La tercera oleada de americanización se inició en la segunda mitad de los años ochenta, cuando las economías afectadas por las crisis del petróleo comenzaron a reemplazar las fórmulas keynesianas por políticas neoliberales. Los límites a la intervención del Estado en la economía se fijaron en Estados Unidos y Gran Bretaña durante los gobiernos conservadores de R. Reagan y M. Thatcher, y en pocos años se extendieron, en mayor o menor medida, por todos los países de Europa occidental. La defensa de la competencia y el libre mercado se materializó en la puesta en marcha de programas de privatización y desregulación de empresas, que afectaron especialmente a sectores de utilidad pública (plantas industriales, transportes y telecomunicaciones, bancos y servicios financieros, etc.). Esta tercera oleada de americanización se benefició, por un lado, del liderazgo norteamericano en nuevas tecnologías (informática, telecomunicaciones), y, por otro, de la desintegración del bloque soviético, que confirmó a muchos la superioridad del mercado frente a la planificación estatal. Tercera oleada, aún no finalizada, que ha evolucionado al compás de un proceso más amplio, el de la globalización, que en materia económica comparte con la americanización los principios del individualismo y la libre competencia. Schröter sostiene que esta tercera oleada de americanización ha comenzado a ralentizarse en los últimos años, porque muchos gobiernos europeos han intervenido reiteradamente en la economía para preservar sus intereses nacionales; porque los electores manifiestan cada vez más escepticismo hacia el libre mercado y reivindican la vuelta al Estado del Bienestar; y porque la seducción norteamericana ha decaído enormemente como consecuencia de la política aplicada por la administración Bush.

En resumidas cuentas, en el transcurso del siglo XX, la economía y la sociedad europeas se volvieron cada vez más americanas. En un balance global, los países más pequeños y los países económicamente más avanzados fueron los más profundamente americanizados. Tras analizar la evolución socioeconómica de tres de los principales países de Europa occidental, Alemania, Francia y Gran Bretaña, Schröter señala que la influencia americana fue muy importante en la RFA, sobre todo en los años que siguieron a la II Guerra Mundial, en que el país fue administrado directamente por Estados Unidos. Francia manifestó, por el contrario, múltiples reticencias a la adopción del modelo americano. Entre otras medidas, sus gobiernos desarrollaron un vasto programa nuclear para disminuir su dependencia energética respecto a la gran potencia mundial, y sus trabajadores protagonizaron sonadas huelgas contra la introducción del sistema de organización científica del trabajo. Gran Bretaña representó un caso particular. Dada su común herencia lingüística, histórica y cultural con Estados Unidos, desarrolló, de forma autónoma y coetánea, valores y modos de actuación semejantes a los americanos, si bien la enorme vitalidad económica de Estados Unidos determinó una mayor visibilidad y expansión de las soluciones americanas que de las soluciones británicas.

El libro de Harm G. Schröter constituye, en suma, un interesante trabajo de síntesis de las investigaciones publicadas hasta la fecha sobre el tema de la americanización de las economías europeas. Un libro muy completo, que aborda el largo siglo XX, considera los niveles macro y microeconómico, y aporta datos sobre prácticamente todos los países de Europa occidental y algunas de sus empresas más representativas. Además, no se limita a tratar cuestiones económicas, sino que adopta un enfoque multidisciplinar, aportando enseñanzas a numerosos colectivos: economistas, historiadores, políticos, empresarios, sociólogos y, en fin, cualquier lector, especialista o no, mínimamente interesado en comprender los entresijos del mundo actual.

Esther M. Sánchez Sánchez
Universidad de Barcelona